

POR: MARÍA CRISTINA RESTREPO LÓPEZ

RETRATO DE UNA ENDEMONIADA



Vol. 43 No. 138

(Algunas reflexiones sobre la novela de
Gabriel García Márquez
"Del amor y otros demonios").

60

Cayetano Delaura ignora que le tocará enfrentar, sin armas para combatirlo, al Demonio. Clérigo instruido, lector de cuanto libro le sale al paso, menos uno, aquel que el Rector del Seminario le prohibiera terminar allá en España, tampoco sabe que tras las incontables ventanas del Convento de Santa Clara, con su historia de asedios, enterradas vivas y abadesas ambiciosas, lo aguarda el poder que habrá de llevarse de una vez por todas la apacible continuidad de sus días compuestos de misas, vísperas, lecturas y siestas en la terraza florecida de la casa del Obispo que se ha resignado a pasarse el resto de la vida en la tórrida ciudad amurallada. Es el Obispo quien arroja a Cayetano en brazos de la endemoniada.

Poseída por el Diablo para muchos. Una niña solitaria y atemorizada para Cayetano. Una huérfana del desamor de la madre ambiciosa y agotada en los excesos de pasiones ilícitas que le han robado la antigua capacidad de emprender contrabandos y compraventa de negros para las pocas esclavas que todavía pueblan los patios traseros del ruinoso caserón señorial. Sierva María no deja comprender.

Quizás ni ella misma sepa cuál es su verdadera naturaleza, después de haberse pasado la vida diciendo mentiras. A los ojos del pintor de la corte, la marquesita aparece como una joven esplendorosa, envuelta en una cabellera ardiente que le arrastra por el suelo, rodeada de los demonios a quienes ella conjura, -¿o imita solamente?- para asustar a las tontas novicias que por las noches acuden a su celda con el ánimo exaltado por la presencia de una que es distinta.

Pero lo que más extraña en el cuadro pintado para el nuevo Virrey al que asombran los prodigios del trópico, entre los que se encuentra la endemoniada, es su "exquisita dignidad de negra". Y es que Sierva María, a pesar de llevar el título de un marquesado criollo, de tener la piel blanca, los ojos indefinibles y los cabellos fluídos, es, en el fondo, una negra. Tanto como las jóvenes

esclavas con quienes compartía una hamaca en las barracas de los esclavos, tan negra como las yorubas y las senegalesas que le habían enseñado su lengua.

Por eso defiende a dentelladas los amuletos que en su infancia la protegían de los demonios que aún rondaban por entre el ruinoso esplendor del palacio de los marqueses de Casaldueiro. Sierva María ha sido atendida, mimada y finalmente adoptada por esas negras que hacían el amor con otros negros que no eran sus legítimos maridos, en las desvencijadas habitaciones del viejo palacio. Poco a poco ha ido adoptando los matices y las complejidades de una cultura ancestral transmitida por personas arrancadas de su tierra, marcadas a fuego

Si el ENIGMA DE SIERVA MARÍA PLANTEA PROBLEMAS PARA EL LECTOR, LA IDENTIDAD DE SUS EXORCISTA HACE LO MISMO. El callado RATÓN DE BIBLIOTECA, LECTOR POLÍGLOTA, RECONOCE ANTE EL MÉDICO JUDÍO QUE "A MI EDAD, Y CON TANTAS SANGRES CRUZADAS, YA NO SÉ A CIENCIA CIERTA DE DÓNDE SOY NI QUIÉN SOY".

vivo, vendidas, ultrajadas, pero al parecer jamás doblegadas. Quizás a los negros esclavos les deba el regalo de su vida, que ellos le han salvado con rezos y emplastos misteriosos de la mordedura del perro rabioso con el lucero blanco en la frente, para que pudiera ir a pactar su destino de amores con el padre Cayetano Delaura, en el Convento de Las Clarisas.

"Es como un espejo" sentenció Sierva María al contemplar su retrato. "¿Hasta los demonios?" preguntó el pintor, "Así son" dijo ella.

Sin embargo el lector sabe que Sierva María no ha hecho otra cosa que mentir desde que aprendió a hablar en lengua de Castilla y en aquellas otras que sólo las esclavas

comprenden. Eso es al menos lo que asegura su madre.

Si el enigma de Sierva María plantea problemas para el lector, la identidad de su exorcista hace lo mismo. El callado ratón de biblioteca, lector políglota, reconoce ante el médico judío que "a mi edad, y con tantas sangres cruzadas, ya no sé a ciencia cierta de dónde soy ni quién soy".



Tal vez por eso soñó, sin conocerla, con Sierva María, o María Mandinga, como si en ella pudiera encontrar las claves de su pasado, o al menos reconocerse en el hielo de su mirada.

Finalmente parece ser que los renegados del código que impone la ciudad, encuentran

algún solaz en su mutua compañía. Sierva María y Martina Laborde, condenada a sufrir cadena perpetua entre los espesos muros del convento al que había entrado voluntariamente como novicia, pero en el que se niega a permanecer como reclusa, reconociendo en ello la incuestionable validez de la libertad de elección. Abrenuncio y Cayetano Delaura, el médico judío y el clérigo cristiano, separados de todo y de todos por la rareza de sus mentes iluminadas por el conocimiento y la razón. Los cuatro, sin proponérselo, han venido a crear una sociedad de marginados en una ciudad amodorrada por los vapores podridos que despiden los manglares, y que reposa durante medio año, para despertar al ritmo frenético de la llegada de los barcos negreros.

Los cuatro se comprenden y respetan sin necesidad de decirlo. Sierva María aprende a bordar bajo la tutela de Martina Laborde, la convicta. Abrenuncio tiene guardado desde siempre, para Cayetano, un ejemplar del Amadis de Gaula, la novela que de joven no pudo terminar de leer. Cayetano por su parte le susurra a la visión nocturna de Sierva María, que le arroja un clavel y le arregla un ramo de gardenias, que, "por vos nací, por vos tengo vida, pr vos he de morir y por vos muero". Son estos cuatro contra todos.

**HAY QUIENES, COMO
EN EL CASO DE
SIERVA MARÍA,
ACEPTAN LA LLEGADA
DE SU DEMONIO, Y,
SIN INTERROGARLO,
LO VAN CONVIRTIENDO
POCO A POCO EN LA
RAZÓN DE VIVIR**

La ciudad que abriga entre sus murallas prejuicios centenarios, no encuentra un lugar para ellos. Por eso nadie eleva su voz en defensa de la marquesita cuando es entregada a las garras del tribunal del Santo Oficio que se extienden desde el

Palacio de la Inquisición hasta los patios y celdas del Convento de Las Clarisas. Y allá dentro, la conspiración continúa. La niña blanca, que tan bien se entiende con las negras, que lleva enredados en el escapulario los corales y las conchas de los amuletos africanos, crece en vigor desde el momento mismo de su reclusión. Parece invisible. Hay quienes escuchan resonar en su garganta las voces del demonio. Y la fuerza con que se defiende de la rapacidad de las novicias parece provenir de otro mundo. Es el poder del rumor, de la maledicencia, el que condena definitivamente a la niña del marqués de Casaldueiro.

A la postre, la condenada no será ella, sino su exorcista, el Padre Cayetano Delaura, poseído por el demonio. Por el "peor de todos". El demonio del amor. El único que realmente campea por el convento. El que irrumpe desde la mirada de Sierva María, para enajenar, para transformar y enardecer.

Hay quienes se entregan a él, sin protestas, aún a despecho de saber que el ser amado no merece tanto, como en el caso de Dulce Oliva, dedicada de lleno a pasar como una sombra por la vida aletargada del marqués, quien ni siquiera se ha tomado el trabajo de mirarla. Hay quienes, como en el caso de Sierva María, aceptan la llegada de su demonio, y, sin interrogarlo, lo van convirtiendo poco a poco en la razón de vivir. Otros se acobardan al verlo llegar, como su padre, que ignora el regalo que le ofrece Dulce Oliva, la demente, para resignarse a las vejaciones cotidianas y luego al abandono de su esposa. Y hay quienes, como Cayetano, pierden el rumbo de su vida.

Para combatir a este demonio no bastan los autos de fe. Tampoco son suficientes las razones de la razón, ni los conocimientos adquiridos a través de años de lectura. O tal vez

ha sido ella precisamente la que ha vuelto a Cayetano Delaura vulnerable a las acechanzas de ese demonio particular. "Bien puedes hacer esto con quien puedas sufrirlo", murmura, repitiendo al poeta.

Pero el poder de otro demonio, el del prejuicio, el del desamor, el del rumor y la ignorancia,

**PARA COMBATIR A ESTE
DEMONIO NO BASTAN LOS
AUTOS DE FE. TAMPOCO
SON SUFICIENTES LAS
RAZONES DE LA RAZÓN,
NI LOS CONOCIMIENTOS
ADQUIRIDOS A TRAVÉS
DE LOS AÑOS DE LECTURA**

el de la incomprensión, habráde perder a los jóvenes amantes que han hecho de la celda del Convento de Las Clarisas algo parecido a un hogar, tal vez al cielo.

Sierva María, creyéndose abandonada por Cayetano, sale de la vida a través de la ventana abierta a un campo nevado,

ganándole asíla batalla a quienes creyeron poder convertirla en su igual. Muerta de amor, podrá seguir amando a Cayetano Delaura que luchará en vano por contraer la lepra para morir, olvidando que también él ha sido dueño del mismo sueño, de la misma ventana, del mismo campo nevado, que le habría permitido reunirse con su amada.